

Ideología de género entre profesionales cubanos

Marta Núñez Sarmiento

Investigadora. Centro de Estudios de las Migraciones Internacionales. Universidad de La Habana.

El presente artículo resume algunas reflexiones de lo que significa ser mujer u hombre en Cuba hoy, a partir de una investigación realizada entre profesionales residentes en la capital del país. Les solicité a los entrevistados que enfatizaran en la influencia ejercida por el empleo femenino y la toma de decisiones entre las mujeres cubanas sobre los cambios ocurridos en la ideología de género, porque estimo que estos han sido dos derechos ciudadanos fuertemente promovidos en Cuba en los últimos cuarenta años. Asimismo, les pedí que pensarán acerca de los procesos socializadores que han tenido lugar en Cuba y contribuido a esas transformaciones. Por tanto, he dividido este trabajo en dos partes. La primera tiene que ver con los cambios producidos en la ideología de género en mujeres y hombres profesionales bajo la influencia del empleo femenino, específicamente en las esferas de las ocupaciones, el hogar y las relaciones personales. La segunda está relacionada con los procesos sociológicos que han conducido a estos cambios.

Describiré brevemente quiénes fueron los entrevistados y cuáles los métodos que empleé en esta

investigación. Se trata de un estudio de caso que realicé en el año 2003 con 30 profesionales que viven en La Habana, seleccionados intencionalmente. De ellos, 15 mujeres y 15 hombres; 15 blancos y 15 mulatos y negros. Todos son egresados de la educación superior; 20 con una edad promedio de 32 años, y en el resto las edades fluctúan entre 50 y 62 años; 10 están casados, 10 se declararon solteros, 8 son divorciados y hay 2 viudos; 15 tienen hijos. Los métodos empleados fueron entrevistas a profundidad, análisis estadísticos y de documentos.

Cambios en la ideología de género bajo la influencia del empleo femenino

Les pedí a los profesionales de la muestra que opinaran acerca de cuatro temas relacionados con comportamientos de mujeres y hombres en sus vidas cotidianas: actitudes en el empleo, aspiraciones a ocupar cargos de dirección, cómo el empleo femenino ha ejercido influencia en sus hogares y en sus relaciones

íntimas y, por último, si los hombres culpan a las mujeres de los problemas que enfrentan en sus centros de trabajo y en sus relaciones personales.

Uno de los conceptos a los que me refiero en este trabajo es el de tomar decisiones, o sea, la habilidad que demuestran los individuos a la hora de comprender determinados escenarios, identificar los problemas principales, explicar sus causas y proponer soluciones. Incluye también la capacidad para evaluar los logros y las pérdidas que existen en cada situación y, de acuerdo con estos, poder determinar las acciones necesarias para alcanzar los propósitos. Me interesa descubrir cómo las mujeres de la muestra han desarrollado estas habilidades cotidianamente en sus empleos, sus hogares y con sus parejas. Excluyo de esta definición el concepto de liderazgo, que incluye tanto la toma de decisiones como otros aspectos institucionales. Sin embargo, el liderazgo y la toma de decisiones están relacionados con el llamado «empoderamiento», que es un rasgo relevante en la ideología de género.

En las investigaciones sobre mujer y empleo en Cuba que he desarrollado en los últimos dieciocho años, he intentado demostrar que los cambios en la ideología de género en nuestro país, básicamente entre las mujeres trabajadoras, han generado en ellas habilidades para tomar decisiones en todas las esferas de su bregar diario. Estos cambios han sido posibles porque forman parte del proyecto cubano para desarrollar una sociedad basada en la independencia, la justicia y la erradicación de todas las formas de discriminación.

Ideologías de mujeres y hombres en sus centros de trabajo

Todos los entrevistados dijeron que las mujeres y los hombres conocen por igual las complejidades que se les presentan en sus trabajos. Sin embargo, las mujeres mostraron menos temor que los hombres a la hora de reconocer aquellos aspectos de sus actividades que desconocen. Ellas confesaron las inseguridades en sus empleos, pero ningún hombre lo hizo. Tales declaraciones por parte de las mujeres podrían apoyar las imágenes que las presentan como seres incapaces de asumir decisiones y carentes de autoestima. Sin embargo, las percepciones que manifestaron las mujeres en el transcurso de las entrevistas, así como los datos sobre la situación de la mujer cubana desmitifican tales imágenes.

Las entrevistadas declararon estar dispuestas a elevar su nivel de conocimiento en asuntos relacionados con su trabajo. Su nivel de entrenamiento profesional es superior al de los hombres incluidos en la muestra. Por ejemplo, ellas tienen más grados científicos de doctorados y maestrías que los hombres, han aprobado

más cursos de posgrado y de idiomas que ellos y han participado en un mayor número de eventos científicos.

Las informaciones de la Oficina Nacional de Estadísticas de Cuba, donde se comparan los comportamientos de ambos sexos en índices relacionados con el conocimiento, también contribuyen a desarmar estos mitos. Veamos algunas:

- En el año 2000, las mujeres trabajadoras, consideradas en su conjunto, tenían un nivel educacional más elevado que los hombres trabajadores. Así, 18,4% de todas las trabajadoras tenían títulos universitarios, y solo lo tenían 10,7% de todos los hombres trabajadores. 47,5% de las mujeres trabajadoras se había graduado de preuniversitario, mientras que lo hacía 35,9% de los hombres trabajadores.¹ Esta tendencia ha existido desde 1978.
- De todos los profesionales y técnicos cubanos, 66% son mujeres y 34% hombres.² Este comportamiento estadístico ha ido en ascenso desde 1979, y no se detuvo en el Período especial.
- En la categoría de «profesionales y técnicos» se agrupa 37% de las mujeres que trabajan, y solo 12% de los hombres trabajadores.³
- En el año 2000, 60% de los profesores de la educación superior en Cuba eran mujeres, al igual que 51% de los científicos, 52% de los médicos y 50% de los abogados.
- En el curso académico 2001-2002 las mujeres matriculadas en la educación superior representaron 62%, y en ese curso constituyeron 64,7% de los graduados universitarios.⁴

Las mujeres y los hombres de la muestra consideran que la presencia de las mujeres en la fuerza de trabajo en Cuba (38% en el año 2000) ha alterado las actitudes de los hombres en sus puestos de trabajo. Sin embargo, en sus respuestas a las preguntas de la entrevista, las mujeres detallaron en qué consisten esas influencias con más argumentos que los ofrecidos por los hombres.

Los hombres describieron sus nuevos comportamientos sin detenerse a razonar sobre ellos, y respondieron con frases hechas socialmente aceptadas. Según ellos, los hombres aceptan la presencia de las mujeres profesionales como colegas de trabajo e incluso como sus jefas. Reconocen que las mujeres profesionales están sobrecargadas de trabajo: «ellas se sacrifican tremendamente, porque trabajan en sus empleos y en sus hogares». Mencionaron características femeninas tradicionales y no tradicionales, que han influido en las actitudes de los hombres en sus empleos. Manifestaron que «los hombres deben imitar a las mujeres», y que «deben tratarlas con delicadeza en el trabajo». Estiman que las mujeres demandan que se les

trate con sentido de igualdad en sus empleos, y que «defienden sus espacios profesionales». Por último, admiten que en los niveles institucionales e individuales prevalecen actitudes «machistas».

Las entrevistadas, por su parte, consideran que las mujeres profesionales han aportado maneras más claras para aproximarse a las tareas que enfrentan en sus trabajos, bien si son a corto o a largo plazos. Son capaces de vincular los objetivos generales con las acciones específicas necesarias para cumplirlas. Estiman que dedican más tiempo que los hombres a pensar los planes de acción para ejecutar su trabajo. Asimismo, consideran que rechazan las improvisaciones y las soluciones simples en cuestiones laborales más que sus compañeros de trabajo. Una de las entrevistadas expresó: «Por eso las mujeres son capaces de convertir las utopías en realidad».

Las mujeres se valen de rasgos femeninos «tradicionales» para convencer a sus colegas en cuestiones de trabajo. Son «delicadas», «afectuosas» y «encantadoras». Les gusta escuchar a los demás. Intentan acercarse a sus compañeros de trabajo, hombres y mujeres, para intercambiar experiencias personales. Otra característica femenina es simultanear tareas en sus puestos de trabajo. Las entrevistadas mayores de cincuenta años han tenido que demostrar sus habilidades profesionales por períodos más largos que los hombres, aunque este no ha sido el caso de las profesionales más jóvenes. Las trabajadoras en general, no solo las profesionales, pueden «pedir botella» (*autostop*) en los trayectos hacia y desde sus trabajos, cosa que no pueden hacer los hombres. Por último, las mujeres consideran que se han vuelto «indispensables» en sus puestos laborales.

Muchas de las entrevistadas estiman que los procesos de «reacomodo» de hombres y mujeres en los empleos han sido mayormente «negociados», y no el resultado de confrontaciones, y que son ellas quienes han dirigido estas negociaciones. También expresan que las trabajadoras han influido indirectamente en muchas de las actitudes de los hombres trabajadores. Cuando las esposas trabajan, los hombres desempeñan algunas de las tareas domésticas, lo que, a su vez, modifica ciertas conductas de estos en sus empleos. Por ejemplo, los padres que llevan a sus hijos, de edades preescolares, a los círculos infantiles, deben despertarse más temprano para llegar a tiempo a sus centros de trabajo. Algunos hombres compran alimentos y otros artículos para sus hogares en tiendas cercanas al lugar donde laboran.

El alto nivel profesional de las mujeres se manifiesta en nuevas formas de relacionarse en sus empleos, muy diferentes de las que tradicionalmente practicaban en sus hogares: relaciones entre dirigentes mujeres y hombres, entre dirigentes hombres y mujeres

subordinadas a ellos, y viceversa; las que fomentan mujeres y hombres cuando comparten funciones de trabajo, cómo se distribuyen los períodos vacacionales entre hombres y mujeres, las decisiones que se adoptan cuando es preciso sustituir a las mujeres que se ausentan durante las licencias de maternidad, la organización de paseos durante los recesos docentes para los niños que asisten a la enseñanza primaria, la distribución de responsabilidades en las organizaciones políticas y sindicales, y las que se producen cuando participan en las discusiones que se desarrollan en el seno de estas.

En resumen, las miradas de las mujeres entrevistadas acerca de cuánto ha influido el empleo femenino en las actitudes laborales de mujeres y hombres son más ricas que las de sus colegas hombres. Esta diferencia podría explicarse porque ellas irrumpieron en el mercado laboral cubano más recientemente que los hombres, y lo hicieron en medio de intensas transformaciones en sus actitudes, que trascendían la esfera laboral. Por ejemplo, en relación con sus madres, tienen menos hijos, contraen más vínculos matrimoniales que ellas y poseen niveles educacionales más elevados. Muchas encabezan sus hogares y todas toman decisiones constantemente en sus vidas cotidianas. Las experiencias tan ricas, nuevas e inacabadas que las mujeres han vivido a lo largo de estos procesos, en períodos relativamente cortos, podrían haber enriquecido sus capacidades de reflexionar sobre ellas mismas, con vistas a orientar sus comportamientos en espacios poco conocidos.

Disposición a ocupar cargos de dirección

Las respuestas fueron muy diferentes, según los géneros.

En el momento de la investigación, 8 de los 15 hombres entrevistados ocupaban cargos de dirección o lo habían hecho con anterioridad. De ellos, 11 estaban dispuestos a ocuparlos. Por su parte, solo 3 de las 15 mujeres se habían desempeñado como dirigentes, y 5 de ellas no deseaban ocupar esos puestos.

En Cuba, en el año 2000, solo 33,5% de todos los dirigentes en centros de trabajo eran mujeres. De todas las trabajadoras, 6,5% eran dirigentes.⁵ Esta ha sido la tendencia durante los últimos diez años, aunque la proporción de mujeres dirigentes se ha incrementado en dos puntos porcentuales. Es una proporción relativamente baja, si se considera que se ha incrementado la cantidad de mujeres entre los profesionales y técnicos, hasta representar las dos terceras partes, de ahí que deberían ser la cantera natural de dirigentes. En el año 2000, los hombres representaron 68,5% de los dirigentes administrativos, mientras que su porcentaje entre los profesionales y técnicos disminuyó.⁶

La habilidad de las mujeres para tomar decisiones es uno de los cambios más importantes en materia de ideología de género, ocurridos en Cuba en los últimos cuarenta y cinco años, y en ello ha influido notablemente la participación de la mujer en el empleo.

Los hombres de la muestra que han sido dirigentes o aspiran a serlo, consideran que están calificados para ocupar esos cargos o desean recibir el entrenamiento necesario. Ellos «buscan» estos puestos. Se sienten capaces de ejercer la responsabilidad de dirigentes, porque «tienen la competencia organizativa requerida», «están calificados para trazar metas y cumplirlas», les «gusta dirigir», son «capaces de expresar sus criterios y de hallar soluciones», son «buenos para establecer relaciones personales».

Las mujeres entrevistadas explicaron por qué no desean ser dirigentes. Casi todas admitieron que «no están preparadas». Otras respondieron que: les «robaría mucho tiempo y se paga muy poco», «sería una nueva carga para la segunda jornada», «prefiero continuar entrenándome en mi carrera como profesional y no comenzar a hacerlo como dirigente», «me quitaría tiempo para dedicarle a mi hijo», «he dirigido grupos pequeños y lo he disfrutado. Allí terminan mis aspiraciones de ser dirigente. Al nivel básico pude ver los resultados de mi trabajo, lo que sería imposible de constatar en niveles más altos», «ser dirigente no añadiría nada a mis aspiraciones personales», «ya yo tomo decisiones en mi trabajo, en mi campo profesional».

De las respuestas no se puede inferir que estas profesionales carecen de confianza en sí mismas. Lo que sucede es que conocen lo que quieren alcanzar en sus áreas de trabajo, y estiman que ser dirigentes obstaculizaría esos propósitos. Las pocas mujeres de la muestra que eran dirigentes o lo habían sido, declararon que no buscaron tales responsabilidades. Fueron designadas para ocuparlas. Algunas de ellas habían tenido experiencia como dirigentes sindicales en organizaciones de base. Reconocieron que sus colegas de trabajo respetaban su autoridad, que ellas eran capaces de resolver problemas y que, aunque no se sentían plenamente satisfechas cuando ejercían sus actividades como dirigentes, lo hicieron con responsabilidad.

Ser mujeres dirigentes en la esfera laboral y desear serlo, es parte de la ideología de género que no ha sido totalmente asumida por la mayoría de las cubanas que tienen cualidades para ello. Sin embargo, a nivel social existen todas las condiciones para llegar a esta meta.

He elaborado cinco hipótesis que explican por qué no se ha alcanzado la dirigencia femenina en los empleos en Cuba, y por qué este objetivo sí se logrará en el mediano plazo.

1. Las mujeres profesionales, quienes deberían ser la cantera natural de los dirigentes, aparecieron en el escenario laboral cubano como una figura social estable y pujante en los umbrales de la crisis de los 90. Durante esos años de crisis, las trabajadoras —no solo las profesionales— tuvieron que mantenerse ocupadas a fin de asegurar sus ingresos, y contribuir así a los presupuestos de sus familias, bien si estaban casadas o unidas consensualmente o si eran las principales aportadoras económicas de sus hogares (estudios de caso en Cuba calculan que en los 90 una tercera parte de las mujeres trabajadoras encabezaban sus hogares). A medida que el valor real de sus salarios en pesos descendía, tuvieron que asumir una segunda ocupación, que les proveía ingresos adicionales. Desempeñarse como dirigentes no les permitía ganar el dinero necesario, ni en aquellos años ni hoy. Cuando los cargos gerenciales provean motivaciones materiales a quienes los ocupen, entonces habrá más mujeres inclinadas a convertirse en dirigentes en sus empleos.
2. La cultura cubana de dirección ha sido diseñada por y para los hombres. Hay que transformar esta realidad. Una prueba de que las «tradiciones» de liderazgo masculino pueden cambiarse está en el hecho de que en estos momentos seis de los ministerios de mayor peso en el país están encabezados por mujeres: Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, Inversiones Extranjeras, Finanzas, Auditoría, Industria Ligera y Comercio Interior.
3. Las mujeres profesionales tienen los requisitos para ser dirigentes. Como parte de la fuerza de trabajo, están presentes en todos los sectores de la economía; constituyen dos tercios de todos los profesionales y han sido mayoría entre ellos durante los últimos veinte años; tienen niveles educacionales comparativamente más altos que los hombres; realizan tareas complejas y pueden simultanear actividades; toman decisiones cotidianamente en sus empleos y en sus hogares; tienen una historia laboral relativamente extensa, que

comienza en la base, lo cual les permite comprender sus entornos laborales; cuentan con todos los requisitos para ser entrenadas como dirigentes.

4. Cuando florezcan en Cuba las condiciones para promover mujeres a cargos de dirección, se producirá un proceso irreversible. Una de las principales razones para esta aseveración es que las futuras dirigentes, como es el caso de las actuales, han ascendido desde la base de las estructuras laborales, por tanto, conocen los diferentes niveles de complejidad de los empleos que dirigirán. Este ha sido y será una suerte de proceso «natural» de constante aprendizaje y retroalimentación.
5. El amplio acceso de las mujeres a los puestos de dirección no puede esperar a que se transformen radicalmente los patrones de la cultura patriarcal. Ellas tienen que contribuir poderosamente a estos cambios. Ese fue el caso de la incorporación y permanencia de las mujeres en la fuerza laboral en los años 60 y los 70 en Cuba, y ha sido ampliamente argumentado por el Partido Comunista, la Federación de Mujeres Cubanas y el gobierno. Es parte de lo que he llamado «modelo cubano de empleo femenino», que se ha producido con acciones y reacciones desde «abajo hacia arriba» y desde «arriba hacia abajo» durante más de cuarenta años. Ha incluido un conjunto integral de marcos legales, políticas sociales, medidas económicas, acciones ideológicas y, básicamente, una fuerte voluntad política y una amplia participación de toda la sociedad, no solo de las mujeres.

Influencia de las mujeres trabajadoras en el hogar y en las relaciones interpersonales

Una socióloga entrevistada dijo:

En el ámbito de las relaciones personales, los hombres asumen comportamientos patriarcales, y lo hacen sin ponerse máscaras, porque en este escenario no tienen que obedecer reglas sociales, que prohíben estas conductas y que sí prevalecen en las esferas laborales y públicas. En los espacios personales e íntimos, los hombres se conducen libremente como seres humanos superiores.

El resto de las mujeres en la muestra coincidió con esta apreciación. Explicaron que sus maridos las celan, porque se visten bien y se arreglan para ir al trabajo, donde se relacionan con otros hombres. Estos celos a veces aparecen velados; en otras ocasiones se manifiestan de forma agresiva. Pero las mujeres siempre los perciben. Se sienten permanentemente observadas y juzgadas por sus parejas. Una de ellas expresó: «La gente dice que las mujeres son celosas; pero, de hecho,

los hombres nos sobrepasan, aunque algunos manifiestan sus celos de manera sutil».

Las entrevistadas manifestaron que el hecho de ser trabajadoras obliga a los hombres —no solo a los maridos— a involucrarse en tareas domésticas. Además, estas mujeres se convierten en modelos de conducta para que sus hijas las imiten, en el sentido de que ellas también deseen trabajar cuando crezcan. Sus hijos varones crecen sabiendo que, en sus empleos, compartirán con colegas mujeres, y que probablemente se casarán con mujeres trabajadoras, a quienes tendrán que «respetar». Las entrevistadas reconocen que siguen educando a sus hijos varones con patrones machistas. En cuanto a sus hijas, les enseñan a usar sus «libertades» con cuidado, pues viven en una sociedad sumamente machista.

Las mujeres profesionales aceptan que serlo las ha hecho más independientes, no solo en términos económicos, sino también en cuanto a tomar decisiones; entre ellas, no tener que «cargar» con maridos indeseados. Algunas confesaron que no pueden encontrar parejas estables, sobre todo entre los profesionales. Argumentaron ciertas razones para ello. Compiten con sus parejas en conocimientos y habilidades. Esta competencia se torna peor si ambos tienen carreras similares. Hay otras dos razones para que afloren los conflictos: si las mujeres ganan salarios superiores a sus parejas y, lo que resulta peor, si son dirigentes y sus maridos no. A las menores de 35 años les cuesta trabajo encontrar pareja entre hombres profesionales, como realmente quisieran. Esto es particularmente cierto en Cuba, porque durante los últimos veinte años las mujeres profesionales han excedido a los hombres profesionales.

Muchas de las entrevistadas han tenido varias parejas, y algunas de las razones que expusieron para explicar las rupturas están enumeradas anteriormente. Las estadísticas cubanas confirman esas tendencias.

Las tasas de divorcio en Cuba son altas. En el año 2001, esta era de 3,3 por cada mil habitantes, mientras que la tasa de nupcialidad era de 4,8 por cada mil habitantes.⁷ Los científicos sociales cubanos han demostrado que esta tendencia ha persistido por varios años. Entre las razones para ello se encuentran: el empleo femenino, el hecho de que el divorcio es un proceso judicial relativamente fácil y, además, la tradición cubana de uniones consensuales, enraizada desde la colonia. En este último argumento se habla de que a los esclavos, generalmente, no se les casaba por la Iglesia católica, y que, una vez libres, no requerían de este requisito formal. Añádase la gran afluencia de inmigrantes españoles en las primeras décadas del siglo xx, quienes, en muchos casos, se unían a las cubanas sin formalizar sus nexos.

Las mujeres y los hombres de la muestra consideran que las trabajadoras paren menos. En Cuba, la tasa bruta de fecundidad (niños por mujer) en el año 2001 fue de 1,53.⁸ Esta tasa ha tenido una tendencia decreciente en las últimas dos décadas. Los científicos sociales cubanos señalan entre sus causas el empleo femenino y el amplio uso de políticas de planificación familiar gratuitas y extendidas a todo el país desde 1964. El sociólogo Juan Carlos Alfonso insiste en utilizar un enfoque de género cuando se estudia la fecundidad cubana, para examinar cómo influyen los comportamientos masculinos y no solo los femeninos. Esta aproximación relacional permitiría a los académicos comprender la fecundidad como algo que involucra a hombres y mujeres por igual, y no solo a concentrarse en estas últimas, como suelen hacer los demógrafos.

Los entrevistados, tanto hombres como mujeres, estiman que el empleo femenino ha afectado los comportamientos sexuales entre los cubanos. Apuntaron que las políticas de planificación familiar, establecidas como parte del sistema nacional de salud pública, permiten practicar la sexualidad sin el riesgo de embarazos indeseados. Agregaron que los programas de educación sexual en el sistema educacional cubano y aquellos dirigidos a los adultos desde fines de los 70, han otorgado a las mujeres la posibilidad de actuar sexualmente con mayor confianza y libertad. Consideran que el hecho de que los abortos sean legales y se practiquen sin costo alguno en los servicios de salud pública, provoca que muchas mujeres los usen como métodos anticonceptivos, lo cual resulta incorrecto, porque podrían dañar sus aparatos reproductivos.

Los hombres de la muestra hablaron poco de la influencia que han ejercido las mujeres trabajadoras en las relaciones de pareja. Una de las entrevistadas expresó que ellos temen reconocer que actúan de una manera más machista en sus círculos privados que en las esferas públicas, como son los centros de trabajo. Por tanto, los hombres respondieron con esquemas aceptados socialmente, igual que lo hicieron cuando reflexionaron sobre las influencias en el empleo. Así, dijeron que «dos hombres deben sentirse orgullosos de sus mujeres, capaces de trabajar en la calle y ocuparse de las tareas domésticas»; que «todos deberían compartir las tareas domésticas con las mujeres». Sin embargo, las encuestas desarrolladas en Cuba desde los 90 demuestran que los hombres trabajadores dedican semanalmente 12 horas a tareas en el hogar, mientras que las mujeres dedican 36 horas. De los 15 hombres entrevistados, solo 2 declararon que desempeñan todas las tareas de sus hogares, para permitir que sus mujeres se superen profesionalmente. Sin embargo, la tendencia social prevaleciente parece ser diferente. Ocurrió que un profesor universitario, quien recientemente había

defendido su doctorado, estaba ayudando a su mujer, también profesora, en las tareas de la casa, a fin de que ella escribiera su tesis de doctorado. Cuando salía a la azotea a tender la ropa, los vecinos se burlaban de él y lo llamaban «el Bacán» (personaje humorístico muy popular de la televisión cubana, que representa a un hombre explotado por su esposa trabajadora, que lo obliga a permanecer en el hogar para realizar las tareas domésticas).

Algunos de los hombres de la muestra confesaron que se sienten muy atraídos por mujeres profesionales, pero, a la vez, les temen en la esfera íntima. Estudios cubanos sobre sexualidad demuestran que los hombres se sienten amenazados en sus conductas sexuales por mujeres desinhibidas y que toman la iniciativa. Paradójicamente, estos retos los obligan a mostrar su virilidad.

Las mujeres entrevistadas expresaron que gracias a sus empleos han conocido a hombres interesantes (y a otros no tan interesantes), que ellas demandan «igual placer» en sus relaciones sexuales, que les piden a los hombres que usen condones para prevenir el SIDA y otras enfermedades de transmisión sexual, aunque muchos no quieren usarlos. Reconocen que les resulta difícil hallar pareja entre hombres profesionales, y que esto las ha traumatizado, porque se frustran en sus expectativas de buscar pareja, lo cual ha provocado que muchas se queden solas o sin parejas estables.

¿Los hombres responsabilizan a las mujeres de sus problemas en el trabajo, en sus hogares y en sus relaciones íntimas?

Casi todos los hombres entrevistados dijeron que no. Solo 2 consideraron que quienes coincidan con estas palabras son «atrasados» o «machistas enmascarados». Otros 2 dijeron que sentimientos de culpa como estos tienen que ver con la competencia profesional, y no con las diferencias de género. Los hombres tienden a enmascarar los temores reales que les provocan las mujeres trabajadoras, sobre todo las profesionales que compiten con ellos, porque serían criticados por las reglas antidiscriminatorias que prevalecen en los espacios sociales.

Las mujeres de la muestra repitieron las mismas ideas que manifestaron antes. Estiman que los hombres reaccionan paradójicamente hacia las profesionales, al menos en Cuba, porque se sienten atraídos y a la vez amenazados por ellas. Temen competir con ellas «diseñando los proyectos de trabajo y cumpliendo con sus responsabilidades en la cama». Piensan que a los hombres los atraen estos retos, porque promueven deseos de conquistar estas «presas difíciles», pues, si lo

logran, su ego masculino se elevaría. Las mujeres entrevistadas expresaron que este «proceso de conquista» ocurre también en los empleos. Allí, los hombres tienen que demostrar que están mejor preparados que sus colegas femeninas, y se ven obligados a imponer su estatus de liderazgo, a fin de asegurar su poder «oficial».

Casi las dos terceras partes de las mujeres entrevistadas confesaron que los hombres se sienten amenazados por las mujeres en sus empleos. Señalaron las siguientes razones:

- Las mujeres profesionales están mejor preparadas que los hombres en materia de nivel educacional.
- Las mujeres profesionales que no se desempeñan como dirigentes dedican más tiempo a desarrollar sus especialidades, con lo cual adquieren más conocimientos en su campo que los hombres que las dirigen.
- Lo expresado en la razón anterior podría conducir a que aparezcan conflictos entre las bien entrenadas mujeres profesionales subordinadas y los hombres que las dirigen, quienes dedican más tiempo a desempeñar tareas burocráticas.
- Las mujeres profesionales pueden organizar mejor sus horarios laborales, gracias a que tienen que simultanear actividades en el hogar y en sus empleos.
- Los hombres temen que las mujeres les arrebaten los cargos de dirección.
- En las evaluaciones laborales anuales, se refleja que las mujeres realizan más tareas que los hombres.
- Los hombres subestiman las habilidades intelectuales de las mujeres, aunque no lo manifiestan.
- Las mujeres dependen menos de los hombres.
- Los hombres se sienten amenazados por la independencia económica que las mujeres han adquirido, pero necesitan que ellas aporten al presupuesto familiar.

Las reflexiones expuestas demuestran cuán paradójicos son los patrones de género en esta esfera de la vida laboral.

Procesos socializadores

Para continuar profundizando en este tema, pedí a los entrevistados que comentaran sobre algunos de los patrones culturales imperantes en la sociedad cubana durante su niñez, adolescencia y en su etapa de estudios universitarios, que influyeron en ellos y ellas, y en la sociedad en general, respecto a lo que significa ser mujer o ser hombre. También les solicité que explicaran cómo se habían beneficiado de once medidas incluidas en el proyecto revolucionario para luchar contra la discriminación de las cubanas. Por último, las personas

de la muestra reflexionaron sobre seis frases populares marcadamente sexistas.

Patrones culturales sexistas en la niñez

Les pregunté qué opinaban sobre la costumbre de vestir a las niñas de rosado y a los niños de azul. Todos los hombres entrevistados dijeron que era correcto, porque el rosado es «delicado», «femenino», «dulce», y si los varones se visten de ese color, son considerados homosexuales. Las mujeres enjuiciaron con más flexibilidad. Todas dijeron que es una tradición, que hay quienes la aplican a sus hijos e hijas y otros no. De las 15 entrevistadas, 11 respondieron que las niñas tienen la ventaja de vestirse de azul y rosado, sobre todo desde que se usa la tela de «mezclilla». Pero a los varones no se les permite usar el rosado. Varias entrevistadas apuntaron como algo positivo que los uniformes de las escuelas primarias cubanas fueran rojos con camisas blancas para ambos sexos. (Por cierto, los estudiantes de primaria a inicios de los 70 decidieron, a través de una encuesta, que el color de su uniforme fuera el rojo. No hubo preferencias ni por el rosado ni por el azul).

En cuanto a los juegos diferentes para hembras y varones, hasta los entrevistados más jóvenes respondieron que sus padres los habían acostumbrado a que jugaran con personas de su sexo. Esta división por género en los juegos es muy evidente cuando están en sus casas. Los varones juegan a la pelota en la calle, o practican los deportes que más estén en boga en el momento. Las niñas juegan con sus amiguitas a las muñecas y a las casitas, a las escuelitas, a los yaquis dentro de las casas o en los portales. En las aceras juegan al pon, a las estatuas o saltan la suiza.

En los círculos infantiles (instituciones estatales para los infantes hasta los cinco años), a los que han asistido buena parte de los hijos e hijas de las mujeres trabajadoras, se insta a que niños y niñas intercambien roles de género en sus juegos; pero cuando juegan sin la orientación de sus maestras, se mantienen las divisiones genéricas. En la enseñanza primaria, a la que asiste 100% de los infantes cubanos de 5 a 11 años, los estudiantes de uno y otro sexo participan juntos en deportes, acampadas y actividades culturales. Pero cuando juegan en los recesos, se dividen por sexo, igual que lo hacían en el círculo infantil.

La psicóloga cubana Patricia Arés, quien ha estudiado cómo se construyen las identidades masculinas en Cuba, argumenta que a los hombres cubanos no se les entrena en la niñez y en la adolescencia para ajustarse a los cambios en la ideología de género, que emergen fundamentalmente de los procesos que acompañan al desarrollo de la mujer. De niños, se les prohíbe llorar y se les insta a no manifestar dolores, lo

cual conduce a que no sepan expresar sus sentimientos. Tienen que «fajarse» con los niños que los agreden, aunque sean mayores que ellos, lo que genera conductas violentas. No asumen tareas en sus hogares, y eso no los entrena para la «segunda jornada».⁹

Las niñas tienen más oportunidades de actuar con menos dogmatismo que los niños. Cuando logran que los varones, casi siempre más chiquitos que ellas, asuman los roles de alumnos en sus «escuelitas», ellas son las que mandan. Lloran todo lo que quieran, y se fajan si lo desean. En las aulas generan actitudes de competencia con los niños, para obtener mejores notas, cosa que logran. Además, son las dirigentes por excelencia de las organizaciones pioneriles.

Patrones culturales sexistas en la adolescencia

La fiesta de quince para la jovencita es una fortísima tradición cubana, hoy mucho más extendida que antes de 1959, cuando era privativa de las familias con recursos económicos para costearlas.

La mayoría de los hombres y mujeres entrevistados coinciden en que padres y madres deben esforzarse para celebrar esta fiesta a sus hijas, porque significa entrar en la adolescencia. Dijeron que «es algo bello», «único en la vida», y «lo mejor que le puede suceder a una muchacha». Solo 3 hombres y 3 mujeres expresaron que esta fiesta es un gasto innecesario, que significa un afán de demostrar una opulencia que no tienen en realidad.

En las fiestas de quince actuales se subrayan los rasgos más sexistas de ser mujer: por lo general, el vestido es rosado, largo y con encajes; llevan flores en la cabeza; los padres las «entregan» al galán de esa noche para que bailen el vals con otras 14 parejas, y se cambian de vestido varias veces para que las fotografíen. Lo paradójico es que las mismas jovencitas que escenifican estos roles, desde que a los 12 años comenzaron a asistir a la secundaria básica, van cada año quince días al campo a realizar labores agrícolas, y conviven en esas dos semanas lejos de sus familias con varones y hembras; continúan bajo un régimen de enseñanza para ambos sexos; siguen siendo mejores estudiantes que los varones; salen en grupos mixtos a fiestas, cines, o simplemente a pasear; practican los deportes que desarrollan los muchachos: softbol, voleibol, baloncesto, campo y pista, artes marciales, etc.; suelen tener novios abiertamente desde que entran en la secundaria, y pueden quedar embarazadas. Por lo tanto, las fiestas de quince son una suerte de «congelamiento» temporal de las interacciones de roles de jóvenes de ambos sexos en su adolescencia temprana. Pero se ha convertido en un «congelamiento» socialmente imprescindible.

Los entrevistados se refirieron a varias conductas contradictorias en la adolescencia. Las jóvenes son mejores estudiantes que los jóvenes, pero estos últimos dirigen las organizaciones juveniles (FEEM y UJC). Estudiantes cubanas consideran que esto se debe a que a las muchachas les interesa más prepararse para entrar en la universidad.¹⁰ Ambos géneros destapan su sexualidad, guiados por patrones en los que los varones tienen que demostrar su virilidad teniendo muchas novias, «siempre dispuestos a hacer el acto sexual» y hacerlo con eficacia, sin decir que no a ninguna muchacha que se les insinúe. Se insta a desarrollar una sexualidad responsable y que utilicen los recursos destinados a la planificación familiar, pero surge el embarazo entre las adolescentes. Quieren imitar los patrones de vida y vestuario de los personajes de las películas y videoclips extranjeros, pero se enfrentan a los escasos recursos de sus vidas en Cuba.

Patrones culturales sexistas en la universidad

En los centros de educación superior cubanos estudian más mujeres que hombres, como se explicó anteriormente. Esto se debe, entre otros factores, a que el acceso depende del promedio de notas en los tres años del preuniversitario y a las calificaciones del examen de ingreso. Hay que recordar que, como parte de las tradiciones sexistas cubanas, las jóvenes son mejores estudiantes en la secundaria y en el preuniversitario. Desde hace varios años egresan más muchachas que muchachos de la enseñanza media superior. Por tanto, es lógico que ingresen más muchachas a la universidad.

Además, está el Servicio Militar General (SMG), que deben cumplir los jóvenes que abandonan los estudios al graduarse de noveno grado; los que terminan el grado 12 y no matriculan en la universidad, y los que sí matriculan, pero deben cumplir un año en el Servicio antes de entrar a las aulas. De estos tres grupos que ingresan al SMG, los dos primeros generalmente no continúan los estudios universitarios, sino que comienzan a trabajar. Dos de las razones que, según algunos entrevistados hombres, explican esta conducta es que «quieren independizarse de sus padres» y «empezar a ganar dinero para formar su familia en un futuro», ya que se consideran los aportadores económicos fundamentales de sus nuevas familias.

Los entrevistados de uno y otro sexo opinan que las estudiantes de la enseñanza superior continúan los patrones de conducta según las cuales tienen mejores rendimientos académicos que los muchachos, y, al igual que sucedía en la secundaria y en el preuniversitario, las jovencitas no aspiran a ocupar cargos de dirección en las organizaciones estudiantiles. Consideran que todos

los estudiantes incrementan su independencia respecto a sus familias, sobre todo si están becados. Hombres y mujeres entrevistados estiman que los patrones de sexualidad son de «total independencia» para jóvenes de uno y otro sexo. Sin embargo, los muchachos no pueden rechazar «los asedios» de las muchachas, mientras que estas sí pueden hacerlo. Los jóvenes de uno y otro sexo empiezan a aceptar a gays y lesbianas, y comienzan a vivir en parejas relativamente estables, sin formalizar matrimonios, viviendo en las casas de los padres o en las residencias estudiantiles.

Todos los entrevistados manifiestan que en este período los y las estudiantes están preparando las condiciones para incorporarse a la vida laboral. Comienzan a elaborar estrategias para ubicarse en puestos de trabajo, en los dos años de servicio social, que convengan a sus expectativas como profesionales, y les aseguren los mejores salarios y/o les permitan realizar otras actividades que les reporten ingresos adicionales. En este aspecto hubo diferencias entre las experiencias de los entrevistados del grupo de más de 50 años y el de los que tenían 35 años como promedio. No hubo diferencias por sexo.

Los mayores expresaron que las expectativas profesionales que tenían al graduarse se cumplieron: todos se sienten satisfechos con sus carreras como profesionales, incluso después de los descensos en las capacidades de compra de sus salarios reales, tras la crisis de los 90. Este no es el caso de los más jóvenes. Estiman que tenían expectativas muy altas sobre su futuro laboral, que casi no han podido cumplir, por la crisis de los 90 en Cuba. Sus salarios no alcanzan. Fueron ubicados para cumplir el servicio social en ocupaciones que no se correspondían con sus aspiraciones. No existen mecanismos en la sociedad para obtener derecho a una vivienda o a un medio de transporte particular. No pudieron estudiar posgrados o carreras en el exterior, como sí lo hicieron sus padres. Estas altas aspiraciones para su desempeño profesional y personal han sido generadas, entre otras razones, por la movilidad social ascendente que la Revolución promovió en las décadas de los 60, los 70 y los 80, y por sus propios padres.

De estas reflexiones y realidades infiero que los hombres de la muestra están menos preparados que las mujeres para ser flexibles ante los retos de lo que significa ser mujer o ser hombre en la vida cubana actual. Su ideología de género parece ser más inflexible que la de las mujeres, porque han estado sometido a más dogmas que estas en su niñez y adolescencia. Quizás sean tan reprimidos como las mujeres o más que ellas. Lo mismo podría ocurrir con el mito de la inseguridad femenina. Estas son solo hipótesis para seguir investigando.

Beneficios de algunas medidas para promover a la mujer cubana

Escogí un grupo de medidas, instituidas desde inicios de los 60 y dirigidas a promover a la mujer cubana, para que los entrevistados comentaran cómo se habían beneficiado personalmente de ellas (en el caso de las mujeres) y para que dijeran cuánto habían beneficiado a las mujeres (en el caso de los hombres). Las medidas son: círculos infantiles (1961); vacunación para la población y, en especial, para los niños (1961); medios para aplicar la planificación familiar (1964); salud pública gratuita (desde 1961); educación gratuita (1961); un mes de vacaciones pagadas al año; becas para estudiantes de secundaria básica y preuniversitarios (desde 1961, pero con mayor cobertura desde 1972); comedores escolares y obreros; pruebas citológicas; licencia de maternidad (1974); Código de Familia (1975).

Dividí las respuestas de los entrevistados de acuerdo con los dos grupos de edades de la muestra: mayores de 50 y alrededor de 35 años.

Los miembros del primer grupo tenían al menos 6 años al triunfo de la Revolución en 1959. Ellos se beneficiaron de la movilidad social ascendente que experimentaron las personas de menores ingresos en Cuba entre 1960 y finales de los 80. Conocieron estas medidas cuando se implementaron, y se beneficiaron, ellos o sus padres, en dependencia de sus edades. Sus respuestas demuestran que estas medidas los ayudaron a culminar sus estudios preuniversitarios y universitarios (algunos estudiaron en los ex países socialistas), y a incorporarse y permanecer en la vida laboral. Comprobaron cuánto se elevaron los niveles de vida en la sociedad, así como los logros y dificultades de la promoción de la mujer. Pongo dos ejemplos: un abogado dijo:

El Código de la Familia es un documento de avanzada en el mundo. Sin embargo, a pesar de los muchos divorcios que hay en Cuba, ninguno de los demandantes ha utilizado, como causas los dos artículos que legalizan las responsabilidades compartidas de la pareja.

Una profesional expresó:

De la salud y la educación gratuita te puedo decir que han creado «culturas de educación y salud» entre los cubanos. Como sabes que no te cuestan, y que hay obligaciones en ellas (educación obligatoria hasta el noveno grado, vacunaciones, asistencia a las consultas de embarazadas y de puericultura, entre otras), la gente las usa sin darse cuenta, como algo «que te toca». No interiorizamos cuántas preocupaciones te quitas de encima, sobre todo en la crianza de tus hijos.

Las mujeres y los hombres del grupo de alrededor de 35 años casi no comentaron estas medidas. Más bien respondieron con frases cortas como «sí, me

beneficiaron». Las personas mayores de este grupo nacieron alrededor de 1968, por lo cual infiero que «experimentaron» los beneficios de estas medidas como algo que ya estaba instituido, las utilizaron con la naturalidad de cosas a las que tenían derecho. Añado a esto que sus padres, que aspiraban a que sus hijos ascendieran socialmente más que ellos, y deseaban que no sufrieran las penurias por las que ellos pasaron, les crearon las condiciones para que padecieran menos que ellos. Por su edad, este grupo se parece a la edad promedio de la población cubana en el año 2001, que era de 36 años.¹¹

Es en el preámbulo a la crisis, a fines de los 80, que las mujeres profesionales irrumpieron en el escenario laboral cubano para quedarse y acrecentar su presencia. Estas mujeres no pueden cumplir sus expectativas en cuanto al empleo, el salario, las infraestructuras para mejorar su calidad de vida, como había ocurrido hasta entonces con los profesionales hombres. Es más, tuvieron que ingeniar estrategias para sobrevivir en sus empleos y en sus familias. Las políticas estatales para sacar al país de la crisis sirvieron de marco para que estas estrategias individuales no fracasaran. Las mujeres salieron con un reconocimiento social elevado, mucho más que el que merecieron los hombres.

Estos hombres y mujeres profesionales son el resultado de los procesos socializadores de la ideología de género, contradictoria y perennemente cambiante, que hoy existe en el país, a los que ellos y ellas se refirieron en esta parte del trabajo.

Frases populares sobre lo que significa ser mujer y ser hombre

Les solicité a los entrevistados que comentaran sobre seis frases populares que tienen un alto contenido sexista, y que manifiestan tendencias en la ideología de género.

«La mujer necesita tener a su lado a un hombre que la represente»

Las dos terceras partes de los hombres dijeron que eso es falso, pero algunos agregaron «aclaraciones» que demuestran dudas sobre la total independencia de la mujer. Reproduzco algunos ejemplos: «Ellas son bellas física y espiritualmente, y no necesitan a nadie que las represente. Pero como los hombres tienen más energía, si la mujer y el hombre están en pareja, el hombre debe decidir porque es más enérgico, y responde con más prontitud». «Ese refrán subvalora a la mujer, aunque ella necesita siempre a un hombre bueno a su lado».

Los hombres que estiman que la frase es cierta, persisten en la idea de que el hombre es el aportador económico fundamental del hogar, y quien toma las

decisiones. Lo expresan así: «La mayoría de las mujeres cubanas aspira a unirse a un hombre que tenga lo que ella desea: que la asegure económicamente». «Toda mujer que se respete necesita un hombre fuerte a su lado que la represente».

Las mujeres fueron más tajantes en no aceptar el contenido sexista de la frase. De las 15 entrevistadas, solo 1 dijo que esto sucede «a veces». Reproduzco lo que expresó la mayoría. «Eso ridiculiza a la mujer como dependiente del hombre». «Es discriminatorio hacia la mujer». «Los hombres aparecen como si fueran más capaces, mejores, sostenedores del hogar, y todo eso es mentira en Cuba». «El hombre es una compañía para compartir las necesidades materiales y espirituales; pero no lo necesito para que me represente». «Yo me represento sola». «Las mujeres que piensan así han perdido su independencia económica, y han quedado rezagadas en la sociedad».

«La mujer tiene que parirle al hombre para amarrarlo»

Todos los entrevistados hombres se manifestaron en contra de esta frase: «Es erróneo, porque los hijos no son lazos para el matrimonio». «Lo que importa es el amor en la pareja». «Los hijos no atan al hombre cuando se enamora de otra». «El hombre termina adaptándose a no vivir con sus hijos, y la vida sigue igual». «Eso es cosa de mujeres que se subvaloran, y no saben agarrar de verdad al hombre». Estas reacciones masculinas podrían reflejar que muchos cubanos, cuando se divorcian de sus esposas, se «divorcian» también de sus hijos, a pesar de las leyes que los obligan a cumplir con sus obligaciones de padres. Afianzan la creencia de que las mujeres son las responsables de criar a sus hijos. Y refuerzan la supremacía de los hombres en las relaciones amorosas; se consideran como las «piezas codiciadas» que «hay que cazar y mantener».

Todas las mujeres respondieron que esta afirmación es incierta. La calificaron de «estúpida», «mentirosa», «inmadura». Ellas, al igual que los hombres, subrayan que los hijos son de las madres; esto es, que de por vida son responsables de ellos, aunque estén separadas de los padres o se mantengan casadas. Resaltan, asimismo, la relevancia del papel de ser madre en la identidad femenina en Cuba. Manifestaron: «Los hijos son siempre de las madres». «Las madres tienen siempre que cuidarlos, porque ese es su papel». «Eso es un cuento de que los hijos atan al hombre». «Cuando los hombres se divorcian, se divorcian de sus hijos». «Los hombres están al lado de las mujeres mientras los atraen». «Solo cuando los hombres ven que los hijos han crecido, y están preparados para la vida, entonces regresan a buscarlos».

Las investigaciones sobre la masculinidad en Cuba, así como los estudios relacionales de mujeres y hombres, brindan nuevos acercamientos y saberes a la problemática de los estudios de género.

«Hay que ser primero madre y después mujer y trabajadora»

De los 15 hombres, 13 respondieron que esto es cierto, porque ser madre es la primera función de la mujer. Solo 2 de los hombres consideraron que las tres funciones son igualmente importantes. Expongo varias de las reflexiones de los entrevistados: «Es cierto, porque a muchas mujeres les ha importado más el trabajo que sus hijos». «Lo más importante para la mujer es atender a sus hijos». «En Cuba todos dicen que “lo primero es mi madre”». «Esas mujeres que cambian constantemente de pareja, llegan a dejar de lado ser madres y trabajadoras».

Por su parte, las entrevistadas dijeron que las tres funciones hay que realizarlas simultáneamente, aunque ser madre es la más importante. Manifestaron que ser madre no implica abandonar la sexualidad ni dejar de ser trabajadora. Escogí las siguientes expresiones: «Las tres situaciones van parejas, aunque lo primero son los hijos». «Ser madre es la categoría condicionante de la mujer, pero las tres cosas deben ir unidas». «Hay que saber combinar las tres cosas». «Madre ante todo, pero hay que trabajar para mantener a los hijos».

«Nadie se me mete en la cocina»

De los 15 hombres, 10 dijeron que esto no se corresponde con las mujeres actuales que trabajan, y menos con las profesionales. Reconocen, al menos verbalmente, que los hombres deben «ayudar», «colaborar» en la cocina, aunque ello implique más trabajo para el hombre. Uno manifestó: «Si el hombre no sabe cocinar, puede fregar, limpiar el piso, pelar las viandas». Los hombres que consideraron que la frase es cierta comentaron que «las mujeres que dicen eso, es porque no creen en la labor colectiva»; o «Yo no cuestiono esto, ¡felicidades!».

Todas las mujeres entrevistadas estiman que esta afirmación es falsa. Insisten en que todos en la casa deben «ayudar» a la mujer, y de manera inconsciente refuerzan que la mujer sigue siendo la responsable «natural» de la cocina; que ellas deben enseñar a los hombres; que la ayuda debe ser dirigida por las mujeres, porque los hombres malgastan los alimentos y los productos para fregar. Y como ocurrió en la

investigación de las mujeres profesionales que realicé en el año 2000, tres de las entrevistadas expresaron que «regalaban» la cocina al que la quisiera.

«La situación está tan mala, que si mi mujer se va con otro, yo me voy con los dos»

Los entrevistados de uno y otro sexo rechazaron la frase. Los hombres se sintieron más criticados, porque se los presenta como «descarados» que pierden a sus mujeres por ser incapaces de mantenerlas, y se van detrás de ellas y de su nueva pareja, para que los mantengan. También surgió la idea que el hombre «no comparte lo que es suyo con nadie, aunque la situación esté malísima». Varios reconocieron que es cierto que hombres y mujeres se casan hoy con personas que tengan más dinero que sus parejas, como una salida personal de las malas condiciones económicas que vive el país. Dijeron que es verdad que hay hombres y mujeres supuestamente «abandonados», que aceptan ser mantenidos; pero califican estas actitudes de «bochorrosas». Ningún hombre estimó que esta frase fuera una broma.

Las mujeres entrevistadas opinaron que la frase expresa discriminaciones hacia las mujeres, porque los hombres las consideran sus propiedades privadas: tanto el nuevo que la mantiene, como el anterior que exige ser mantenido. Consideran que esto se produce en la realidad solo si el hombre es un «chulo», comportamiento que existe, «pero que no refleja a la generalidad de los cubanos». Varias mujeres sí consideraron la afirmación como una broma.

«El hombre es quien lleva los pantalones en la casa»

Mujeres y hombres de la muestra expresaron que es un dicho muy viejo, que nada tiene que ver con la vida de hoy.

Las mujeres dijeron que es discriminatorio hacia la mujer, porque indica que ella no sabe dirigir ni tomar decisiones, y que no trae dinero a la casa. Asimismo, que es superficial, porque una prenda de vestir que solía describir la virilidad, se identifica con la toma de decisiones; que ahora los pantalones los llevan las mujeres y los hombres, y las que se deciden por las sayas «no son tan bobas, sino que son “bien

mandadas”». «El poder no está en el vestuario». «Si ellos deciden tomar las decisiones en la casa, porque llevan los pantalones, que lo hagan. Se la regalamos».

De las reflexiones sobre las frases populares, extraje las siguientes ideas de cuánto ha cambiado la ideología de género entre los hombres y las mujeres profesionales, a partir de la muestra.

- El mito de la mujer como madre impera en ambos sexos, con ciertas diferencias. Los hombres se valen de él para desentenderse de sus hijos, mientras que las mujeres aceptan esta función, con fuertes críticas a los hombres que abandonan sus responsabilidades paternas.
- Las mujeres reconocen que son capaces de asumir simultáneamente los roles de madres, trabajadoras y mujeres, aunque el primero es el más importante.
- Los hombres critican a las mujeres que han tenido varias parejas, argumentando que relegan sus responsabilidades como madres y trabajadoras. Las mujeres critican a los hombres con sucesivas parejas, porque se desentienden de sus hijos.
- Las mujeres explican más extensamente sus puntos de vista que los hombres, quizás porque han vivido las experiencias que suponen esas frases sobre sus condiciones de subordinación, y sobre lo experimentado al haberse rebelado contra esas condiciones. Los hombres son menos reflexivos, porque han desempeñado sus papeles más pasivamente, por ser los que la sociedad patriarcal les ha conferido tradicionalmente. Las mujeres han tenido que construir nuevas actitudes en la sociedad cubana, mientras que los hombres han debido desmontarlas y no lo han hecho totalmente. Aún no han construido las nuevas ideas y los comportamientos que les exige la cambiante sociedad cubana.
- Las mujeres, por el hecho de haber tenido que simultanear comportamientos como madres, esposas y trabajadoras, han generado más habilidades en la vida, incluyendo la muy importante de tomar decisiones en la cotidianidad.
- La función preponderante de la mujer en la doble jornada persiste. Es el ejemplo de la cocina y del cuidado de los hijos en las frases analizadas. Cuando los entrevistados emplean el verbo «ayudar» para referirse a la participación de los hombres en estas tareas, están utilizando un lenguaje sexista, porque «ayudar» a la mujer significa que ella es la responsable «de facto» del hogar.

Comentarios finales

La habilidad de las mujeres para tomar decisiones es uno de los cambios más importantes en materia de

ideología de género, ocurridos en Cuba en los últimos cuarenta y cinco años, y en ello ha influido notablemente la participación de la mujer en el empleo. Las profesionales se han visto obligadas a distribuir conscientemente su escaso tiempo entre la jornada laboral y la doméstica, desarrollando habilidades para simultanear tareas constantemente. Han elaborado esas «destrezas» a partir de su nivel educacional alto, orientándose en una sociedad que ha sido transformada desde sus cimientos, y donde ellas han experimentado estos cambios quizás más fuertemente que los hombres. Ejercer la toma de decisiones no solo conforma en ellas el sentido del poder como seres humanos, sino que les asegura su derecho a actuar independientemente. Este es un derecho ciudadano básico, que le había sido negado, en toda su plenitud, a la mujer cubana. Sin embargo, falta por construir la figura social de la mujer dirigente —tanto en la práctica de las designaciones de mujeres en cargos de dirección como en el imaginario social— que favorezca que ellas aspiren a desempeñar estas posiciones.

Las mujeres cubanas han generado más cambios en las relaciones de género que los hombres, incluidas las nuevas actitudes que ellos han asumido. Esta influencia, que venía produciéndose durante los años de la Revolución se evidenció durante la crisis y los reajustes de los 90, porque ellas tuvieron un papel protagónico en la elaboración e implementación de las estrategias de sobrevivencias de las familias. Paradójicamente, también reproducen los patrones machistas de la ideología de género que aún prevalecen en Cuba.

Los hombres de la muestra manifestaron comportamientos más dogmáticos que las mujeres en materia de ideología de género. Ello se explica porque han sido sometidos, desde la infancia, a patrones más rígidos que los impuestos por la sociedad a las mujeres en sus procesos socializadores para llegar a integrar sus identidades genéricas. Por su parte, las mujeres profesionales entrevistadas se manifestaron más flexibles en sus actitudes con respecto al género, porque su proceso socializador fue igualmente más flexible que el de los hombres; han vivido en una sociedad que critica constantemente que las mujeres dependan de los hombres; han debido reaccionar en sus cotidianidades a estas posiciones y, al hacerlo, han tenido que idear y poner en práctica comportamientos muy personales para «zafarse» de esas dependencias. Esto podría convertirse en una hipótesis para futuras indagaciones.

Los académicos deberían continuar estudiando el modelo cubano para promover el desarrollo de la mujer, haciendo énfasis en cuanto a su incorporación al empleo y los cambios en la ideología de género que este fenómeno ha provocado. Dichos estudios deben

Marta Núñez Sarmiento

analizar las rupturas y las continuidades que ocurrieron en estos campos durante la crisis de los 90, para comprender los desarrollos que continúan produciéndose en los inicios del siglo XXI. Asimismo, deben incorporar una mirada a la historia del desarrollo de la mujer cubana desde el siglo XIX, para comprender los orígenes de las enormes transformaciones en lo que significa ser mujer y ser hombre, que se han producido desde 1959.

Las investigaciones sobre la masculinidad en Cuba, así como los estudios relacionales de mujeres y hombres, brindan nuevos acercamientos y saberes a la problemática de los estudios de género. En la medida en que los científicos sociales cubanos incorporen esta problemática a sus estudios, y apliquen en ellos otras perspectivas del enfoque de género, enriquecerán los conocimientos sobre nuestra realidad.

Notas

1. Véase el cuadro V.10, en Oficina Nacional de Estadísticas, *Annuario Estadístico de Cuba 2000*, ONE, La Habana, 2001.

2. *Ibidem*, cuadro V.12.

3. *Ibidem*.

4. Dolores Corona, «Language Education, Globalization and Citizenship. A View from Cuba». Ponencia presentada en el evento Language Teaching and Citizenship in International Contexts, Loughborough, Gran Bretaña, 2003.

5. Véase el cuadro V.12 citado.

6. *Ibidem*.

7. Datos obtenidos en www.cubagob.cu.

8. *Ibidem*.

9. Patricia Arés, Intervención en la Comisión de Género, XII Encuentro de filósofos y científicos sociales de Cuba y los Estados Unidos, Universidad de La Habana, junio de 2002.

10. Ana Isabel Peñate Leiva, «Enfoques teóricos en torno al género», *Estudio*, Centro de Estudios sobre la Juventud, La Habana, julio-diciembre de 2001.

11. Oficina Nacional de Estadísticas, *Cuba en cifras 2002*, ONE, La Habana, julio de 2003.

© TEMAS, 2004.